

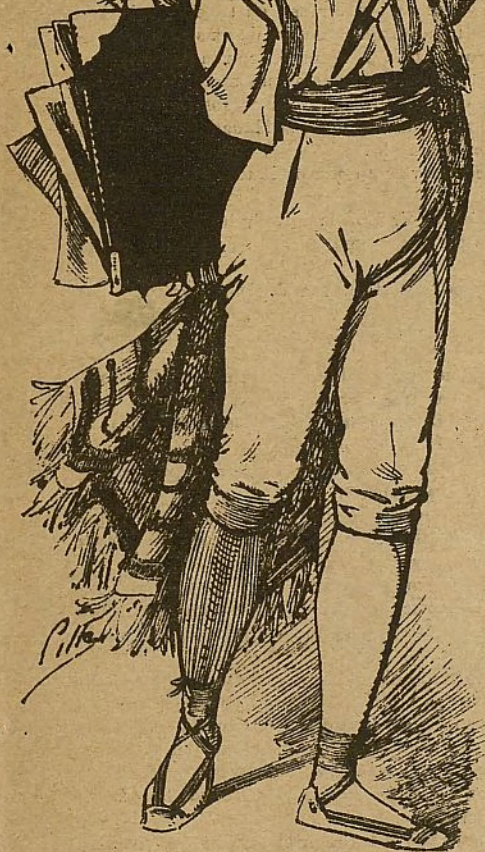


# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION. 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NICANÓR VÁZQUEZ



Chico de mérito excepcional.  
¡Ya desearía más de un pintor,  
para sus cuadros, aquel color  
de sus apuntes del natural!

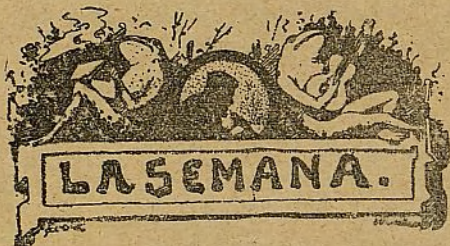




## SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Amor epiléptico*, por José de Diego.—*El consejo intempestivo*, por José Estremera.—*Cantares*, por C. del Corral.—*Pura y perfecta*, por Juan Pérez Zúñiga.—*Capitulemos*, por Carlos C. Catalá.—*Hombre prevenido*, por Emilio de Motta.—*Pasado por las armas*, por Vicente Colodrado.—*Libros y libretos*, por José María Codolosa.—*La historia eterna*, por J. Fernandez de la Reguera.—*Un corrido*, por Adolfo F. Ferrando.—*Confiteor*, por Luis Rodríguez Cabrero.—*¡No tanto asustar!* por Fernando Segura.—*Chirigotas, Correspondencia y Anuncios*.

GRABADOS.—*Nicanor Vazquez*, por Escaler.—*Obras y Los sombreros de las señoras*, por Cilla.—*¡Oh, la inspiración!* por A. Pons.—*Dos cartas y Los hijos*, por Escaler.—*En el Circo Ecuestre*, por Carrasco.



Cuando no son los enemigos del orden, son los guasones de oficio quienes se encargan de tener al Gobierno con la barba sobre el hombro.

Inventaron la noticia de que en Cuba se iba a alzar de nuevo la azulada bandera de la rebelión y los periódicos hablaron del asunto por boca de ganso; es decir, por boca de *canard*.

Trajéronse á colación el mortífero machete de los mambises, las horribles escenas de la pantanosa Manigua, el valor de los filibusteros y todos los desastres que trae consigo el faccioso grito de *¡Cuba libre!*

Agüeros, vaticinios y cálculos hechos al tun-tun, ó á ojo de buen cubero, mejor dicho,

—*¡La Habana está tranquila!*—podría decir la ronda, si allí hubiese toque de cubre-fuego como en el antiguo París—y en la atmósfera antillana no corre ni una ráfaga siquiera de los vientos separatistas que parecen soplar desde Nueva-York.

La bandera cubana no puede alzarse en aquellas regiones.

Miradla y os convencereis, viendo que ya no puede estar más *estrellada*.

Santiago de Cuba no se alza.

Y eso que, aunque lo verificase, no haría más que plagiar á los peninsulares que se han alzado en Santiago, no sólo con el santo, mas también con la limosna.

Casualidad ó no, es el caso que la atención de Europa durante los últimos meses, ha estado repartida en tres ó cuatro islas.

En la de Creta, turcos y griegos, católicos é infieles, han estado á punto de encender la guerra continental; la católica isla de Malta, antigua residencia de los caballeros sanjuanistas, ha sido señalada por los diplomáticos como asilo probable del Papa, una vez puesto en el caso de abandonar á Roma; Francia no quita ojo de la isla inglesa de Jersey, donde se ha refugiado el apostol armado de la revancha y de la revisión constitucional; la gran Antilla española acaba de despertar los temores del gobierno y de la gente de orden...

Díganme ustedes ahora si el continente europeo está ó no dominado completamente por el *isla-mismo*.

Momentos hay en que no sabe uno si desciende del padre Adán ó del padre Isla.

Y ¡no fué belén el que armó la noticia en las tertulias de café y otros centros ávidos de noticias de sensación!

—No les decía yo á ustedes que la revolución se estaba *incubando*?

—Desengáñese V.: eso tiene que suceder; ya sabe V. la doctrina de Monroe...

—Hombre, no; yo no sé más doctrina que la de Ripalda.

—¡Oh! ¡esa Cuba de los demonios!—exclama un patriota.

—De los demonios? Pues déjeles V. en ella, que así la dejarán bien azufrada, como todas las cubas deben estar.

—Mire V.—decía un caballero en tono doctrinal—Cuba libre no tiene razón ninguna de existir; el porvenir de las colonias está en su unión con la *necrópolis*.

—¡Señores! ¡señores!—exclama un alarmista llegando al corro—la catástrofe es cierta; los negros han amacheteado á la guarnición de la Habana; el gobierno va á enviar un general...

—Mejor sería enviar un guarnicionero ¿no le parece á V.?

—Si, si, ¡tómelo V. á broma! La hidra de la revolución tiene á estas horas una cabeza en cada cabeza de partido...

—Hombre ¡por Dios! ¡no sea V. *fili-embustero*!

\* \*

Todos habíamos oído hablar de la ley del Destino, pero nadie sabía quien promulgó esa ley ni en que cuerpo legal se hallaba contenida, ni qué reglamento se había dictado para su ejecución.

Pues bien ¡ya pareció aquello! y ya irá apareciendo también esto sucesivamente.

Porque lléveme el diablo si esa ley de empleados que están discutiendo ahora en las Cámaras no es la «ley del destino» hecha y derecha.

—Esto es utilísimo—decía un sugeto—porque aunque exijan la oposición para el ingreso en la carrera, una vez dentro, tiene uno la indiscutible ventaja de la inamovilidad.

—¡Bah!—le respondía un antiguo escribiente—pues eso no es ninguna novedad. Cuando yo entré en Hacienda, también tuve que sufrir la oposición... de los paniaguados del ministro y de los amigos del subsecretario. Y, en cuanto á inamovilidad, ¡véame usted! no puedo moverme del reuma que pesqué en la oficina hace ya dos años.

No hemos entrado todavía en el camino derecho.

Y si no, vamos á cuentas.

¿No son el coco de los gobiernos los movimientos militares?

Pues entonces ¿por qué no se aplica esa saludable inamovilidad á las clases de tropa, antes que á los pacíficos empleados?

\* \*

Estamos en pleno período electoral.

Algun candidato, imitando á Santo Tomás, pretende ser—ya que no el Ángel de las escuelas—el ángel de los colegios electorales.

—Usted—le decían á un cesante—usted, el pretendiente eterno, ¿se presenta candidato á concejal?



—Si, señor.  
 —Y ¿cómo quiere V. vencer, si antes de la elección va V. tan derrotado?  
 —Mire usted, mis aspiraciones son modestas: una vez dentro del concejo, no he de pedir más que una plaza en la guardia municipal.

—¿Para algún protegido de V?  
 —No, señor; para mí mismo; ¡no he podido conseguirla de otra manera!

LUIS ROYO VILLANOVA.

## AMOR EPIDÉMICO

Del claustro en la capilla, reverente,  
 llena de unción el alma y de ternura,  
 en vano quiere sofocar Sor Pura  
 la ola de fuego en que inundarse siente.

Ruje la fiera del amor; su frente  
 abrasa del león la calentura,  
 y oculta voz en su interior murmura:  
 «¡Abandona el sayal, pobre demente!»

Cayendo, al fin, la monja desmayada,  
 la aplicó el confesor sodas y sales  
 en labios, ojos y nariz... ¡y nada!

Mas, dando á Satanás sales y sodas,  
 la aplicó un beso, remedió sus males...  
 ¡y el día aquel se desmayaron todas!

JOSÉ DE DIEGO.

## EL CONSEJO INTEMPESTIVO

Dicen que un gato que aprendió de oídas  
 que tienen todos ellos siete vidas,  
 se tiró de un tejado  
 que estaba, por su mal, muy elevado;  
 y el golpe fué tan fuerte  
 que le puso á las puertas de la muerte.

Otro gato oficioso  
 se acerca á él y con dolor le dice:  
 —Tirarse de tan alto es peligroso.  
 —La advertencia—responde el infelice—  
 no me trae en verdad mucho provecho,  
 pues yo ya me la hice  
 al verme á la caída tan maltrecho.

JOSÉ ESTREMER.

## CANTARES

Yo los ví juntos, muy juntos.  
 Luego dirán en mi tierra  
 que amor con amor se paga...  
 Amor con amor... ¡se *pega*!

Sévilla, Málaga, Cádiz,  
 todo Andalucía en masa...  
 ¡Vaya un manojo de flores  
 que lleva en la mano España!

Hoy he visto dos estrellas  
 con habitantes y todo.  
 ¡Son los ojos de una niña  
 y las niñas de sus ojos!

Señores: hay cielo,  
 no les quepa duda;  
 porque me lo ha dicho cierta *perso*  
 que no miente nunca. *[nilla]*

Si crees que las flores  
 te sirven adorno...  
 ¡pan con pan, dice el dicho, serrana,  
 comida de tontos!

Te busco por todo,  
 pero no te encuentro...  
 Sueñecito mío, ¡si se me figura  
 que es que no te has muerto!

Prueba que en el otro mundo  
 se estará perfectamente,  
 es que todo el que se va  
 se queda en él para siempre.

El día que se llevaron  
 tu cuerpo á la sepultura,  
 ¡que fiesta harían con él  
 los gusanos de la tumba!

Contra la tristeza  
 bebed manzanilla...  
 ¡bálsamo del alma que para las penas  
 viene de *perilla*!

Tú te casarás con él,  
 porque, aunque necio, es muy rico;  
 ¡pero tú con mis cantares  
 dormirás á tus chiquillos!

Con él te vieron mis ojos  
 ¡y aún me dices que es mentira?  
 Tú no cuentas con la huésped,  
 es decir, con las *pupilas*.

No me quites de delante,  
 que yo no te hago más sombra  
 que la sombra que tú haces.

Si á tí te quemaran,  
 entre tus cenizas,  
 tu corazoncito, que es acero puro,  
 intacto hallarían.

Yo mi corazón te dí,  
 y como tú no tenías  
 ¡qué bien te debió venir!

¡Oh rigor de los rigores!  
 A pesar de los pesares,  
 ella causa mis dolores  
 y ella inspira mis cantares!

C. DEL CORRAL.

## PURA Y PERFECTA

Hija y madre son un par  
 de servidoras de Dios,  
 si se juzga por su hogar.  
 ¡Qué aspecto tan singular  
 tiene el cuarto de las dos!  
 Lo tienen puesto de un modo,

que causa místico encanto.  
 Allí la fé llega á tanto,  
 que son, por ser santo todo,  
 las camas de palo-santo.  
 Allí se vé á un San Andrés  
 de talla, y á un San Gregorio,

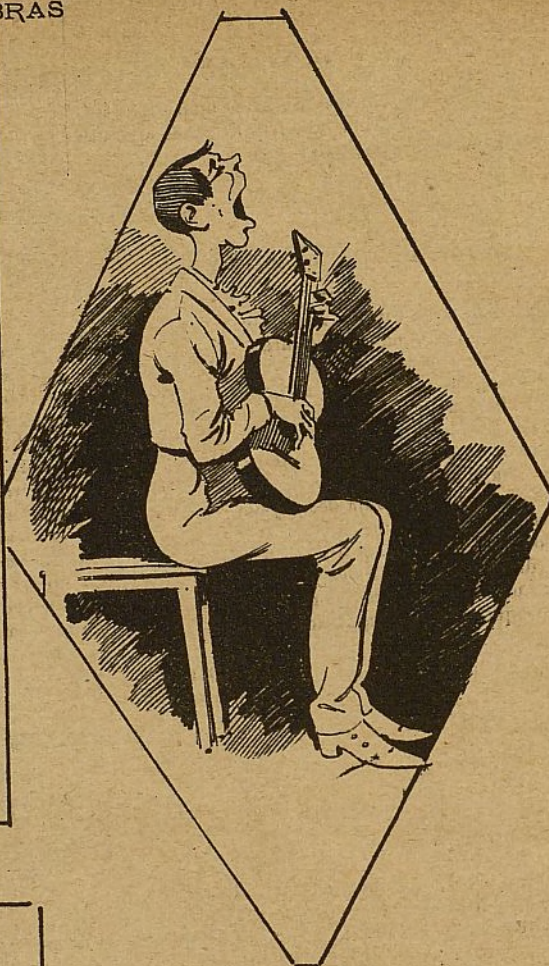
mirando con interés  
 á un cuadro en que hay veintitrés  
 ánimas del purgatorio.  
 Se hallan distantes, no mucho,  
 del cuadro, un ángel flacucho,  
 la Adoración de los Reyes,



## OBRAS



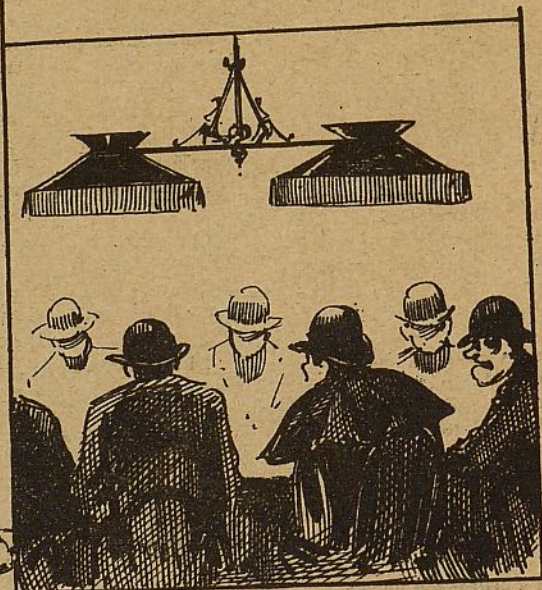
EL NIÑO DE LA BOLA



MÚSICA CLÁSICA



A ESPALDAS DE LA LEY



LO PROHIBIDO



LOS SOMBREROS DE LAS SEÑORAS

EN EL TEATRO



Unico recurso que quedará dentro de poco á los espectadores que deseen ver la función.



San Isidro con sus bueyes  
y San Roque con el chucho.  
Sobre un entredós tallado  
hay un Cristo de valor,  
con dos lámparas al lado,  
que, aunque alumbran al Señor,  
dan un tufo endemoniado.  
Y, encima de una consola,  
la imagen de cuerpo entero  
de un San Antonio está sola.  
Dicen que es de Pádua, pero  
yo creo que es de escayola.  
Las dueñas del santuario,

temiendo á la muerte impía,  
se confiesan á diario  
y hasta rezan el rosario  
cuatro veces cada día,  
Mas, con asombro he sabido  
que está la madre enredada  
con un actor conocido;  
que Pura tiene marido  
del cual está separada  
por intrigas de un Barón;  
que su hermana Encarnación  
nada tiene que perder,  
y que el padre, sin querer,

está en Ceuta por ladrón.  
¿Y cómo (algunos dirán)  
esta gente se dedica  
lo mismo á Dios que á Satán?  
Pues por los santos su afán  
perfectamente se explica.  
Les rinden tributos tantos  
para que eviten los llantos  
que busca su desenfreno.  
¡No necesita el que es bueno  
dar tanto mimo á los santos!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

## CAPITULEMOS

Vamos á cuentas, Blanca de mi vida:  
sé que estás decidida  
á romper nuestras tiernas relaciones,  
y esto se me figura una partida  
indigna de tus buenas condiciones.

¿Qué! ¿serás tan infame  
que, tras de que por tí me arruinado,  
me dejes al fin solo y degradado  
porque ese necio de marqués te ame?  
Antes de que cometas tal vileza,  
permite que á capítulo te llame.

Yo estoy de tí hasta el alma enamorado,  
y quiero que me digas con franqueza  
la causa de tus fáciles enojos;  
pues juro por las niñas de mis ojos  
que me sorprende tu trivial dureza.

¿Me preparas alguna socaliña?  
Vamos á ver: explícate, responde:  
¿cómo, cuándo y en dónde  
te dí motivo yo para esa riña?

¿No he colmado yo siempre tus antojos  
y complacido todos tus anhelos?

¿No te he querido, dime, hasta la fecha  
sin darte la menor sombra de celos?

¿No has quedado conmigo satisfecha?  
¿La verdad! ¡no concibo  
como, mi bien, sin tón ni són, despidas  
á este fiel corazón que entierras vivo,  
si es que no muere, como tú le olvidas!...  
Ah, Blanca! bien se vé que tú no mides  
la inmensidad del daño que me haces,  
riñendo con razón ó sin motivo!...  
¿En un momento mi ilusión deshaces!  
Y al conocer que solo eran ficticias,  
¡reniego de las pródigas caricias  
con que en días serenos y fugaces  
formaste cariñosa mis delicias!

Por lo demás, tal proceder extraño  
de un, como el tuyo, corazón sencillo...  
¿No esperaba de tí tal desengaño!...  
Sin embargo ¿de qué me maravillo?  
Aunque la idea el corazón me arranca  
comprendo al fin tu proceder cobarde...  
¿Me has dejado *sin blanca* mi bolsillo,  
y es natural que pienses, pronto ó tarde,  
también dejarme el corazón sin Blanca!

CARLOS C. CATALÁ

## HOMBRE PREVENIDO...

—¿Qué mujer tan superior  
iba ayer con Inocente!  
En Madrid seguramente  
no hay otra rubia mejor.

Y tiene suerte el tunante  
para empresas amorosas;  
las mujeres más hermosas  
se le rinden al instante.

—Pues entonces hace bien,  
y más siendo afortunado;  
cuando yo no era casado,  
las conquistaba también.

—Siempre se le vé lo mismo;  
en éles ya una manía;  
pero, es claro, el mejor día  
van á romperle el bautismo.

Anoche, cuando le ví  
con una chica elegante,  
«¡Voy detrás!» dije al instante,  
y en efecto, les seguí.

Enon  
de cerca y á mi s bor:

¿Qué aire más encantador  
tenía aquella mujer!

Era una hermosa figura:  
rubia con ojos de cielo  
y un pelo... ¡la llega el pelo  
casi, casi, á la cintura!

Su talle, casi ideal  
por lo flexible y estrecho,  
contrastaba con su pecho  
redondo y escultural.

Muy disimuladamente  
pude verla y me alegré...  
—Vamos, se contenta usted  
con el olor solamente.

—Hombre, no; yo la seguía  
solo por curiosidad

—¿Y era baja?  
—Regular...

Como usted de alta sería.  
—¿Pero chula ó elegante?

—¡Ah, si, vestía muy bien!  
¡un traje azul de *saten*

con puntillas por delante  
—¿Hombre, siga usted hablando!

¿*saten* azul y puntillas?  
—Me va haciendo ya cosquillas  
eso que estoy escuchando!

¿Llevaba sombrero?

—Si.

—¡Ah, vamos, me tranquilizo!

—Era de un color pajizo  
con plumas azul turquí

¿Qué decía usted?

—Yo, nada.

—Pues fueron luego al Inglés  
y pidieron dos cafés,  
pero con media tostada.

Les dejé malhumorado,  
sobre todo al recordar  
aquel precioso lunar...

—¡¡Un lunar! ¡pero en qué lado?

—Junto á la boca

—¿En la boca?

¡y acaso en el lado izquierdo!



—Mire usted, no lo recuerdo...  
¡pero eso á nadie le choca!  
—¿Gasta lentes como yo?  
—Hombre yo no se los ví...

¡Digo! ¡los llevaba, sí!  
¡que diga, no, no, no, no, no!  
—¡Ah, vamos! respíro ahora,  
porque eso me tranquiliza

En fin... ¡daré una paliza,  
por si acaso, á mi señora!

EMILIO DE MOTTA

## PASADO POR LAS ARMAS

—¿Que si era tímido?... ¡Ah, sí! Muy tímido, excesivamente tímido y con rubores de doncella.

En el pueblo le llamaban de mote la *Tía Remilgos*, porque hasta las cosas más inocentes, las palabras más inofensivas, se le antojaban el colmo del descaro ó atroces desvergüenzas.

Jamás se le había conocido novia. Y no se vayan á creer que no le gustaban las chicas. ¡Carape si le gustaban! ¡Como que no pensaba más que en ellas! Pero eso de decirlas: —«Buenos ojos tienes...» ¡vamos, que se le hacía un nudo en la garganta, y un sudor frío se le iba y otro se le venía sólo de pensarlo!

¡Pobre Remigio! ¡Pobre *Tía Remilgos*! Cuando á la caída de la tarde se reunía con sus amigos, y juntos se dirigían á la fuente del pueblo á requebrar á las mozas, él era el más animoso, el más osado y resuelto, aunque no se atrevía á decirlo, pero bien lo expresaban su cara satisfecha y alegre, sus encendidos ojos y su boca desmesuradamente abierta.

Pero al llegar al *caño*, parecía que el chorro del agua se le entraba por los cabezones aturdiéndole con su ruido y helándole con su frialdad, y ¡ya se ve! se quedaba tieso como un garrote, inmóvil como un papanatas, sin saber que hacer de las manos y sin aliento para decir palabra.

En tales instantes, si algún burlón, en vez de dar un pellizco á las muchachas, se lo daba á él, y, llamándole por el mote, añadía alguna pulla, como: —«¿Por qué te has cortado el moño?» —«¿Cuándo te metes á monja?» —«¿Le has quitado el novio á la Fulana?» ú otra frase parecida, entonces, el pobre Remigio apretaba á correr echando lágrimas como el puño y dando grandes berridos que se oían una legua á la redonda.

Así había sido siempre, lo mismo de chico que de mozo; encogido de carácter, apocado de espíritu, sin iniciativa ni voluntad para nada y cobarde para todo.

El día que le proclamaron soldado fué cosa de morir de risa. La *Tía Remilgos* en el cuartel con uniforme de militar y el fusil al hombro! Todos se hicieron cruces.

El uno le decía:

—Te va á volver loco el ruido del tambor.

Otro:

—Tápate los oídos cuando toquen la corneta.

Aquellos:

—¡Plan! ¡cataplán! ¡plan! ¡plan!

Estos:

—¡Tarararii!... ¡tarararii!... ¡tararii!

Lo cierto era que con su carita sin pelo de barba, su débil voz y su actitud asustadiza, Remigio parecía una doncella.

A los ocho días de verificado el sorteo, entró en caja. La primera noche que pasó en el cuartel le robaron hasta la camisa; pero si perdió el vestuario, en cambio se encontró, sin buscarlos, todos los golpes que allí se dieron.

Al día siguiente, por pelotones, los quintos formaron fila en el patio.

Después de pasar lista, el sargento tomó la palabra:

—¡Muchachos! ¡Silencio y atención! Voy á leerlos ordenanza militar, y os prevengo que abrais los ojos

y aguceis las orejas, porque de olvidarla ó faltar á ella, os puede costar el pellejo. ¡Oído á la caja!

¡Ah, sí! El pobre Remigio fué todo él ojos y orejas. Antes, mucho tiempo antes de pensar en ser soldado, había oído contar horrores de la ordenanza, y desde que era quinto no soñaba en otra cosa. Así es que puso todos sus sentidos y potencias en apoderarse de aquel terrible texto, palabra por palabra, sílaba por sílaba; pero la preocupación pudo más que el deseo, y de aquella batahola, de aquel *rum rum* adormecedor que embotaba sus oídos, sólo vino á entender una frase que el sargento subrayaba, poniendo el grito en el cielo:

—Huuuu... pasado por las armas.

—Huuuu... pasado por las armas.

—Huuuu... pasado por las armas.

En media hora escasa que duró la lectura, el pobre *Tía Remilgos* no logró entender otra cosa.

—¡Huuuu... pasado por las armas!

Desde aquel día vivió en un sobresalto continuo.

Si en el ejercicio, al echar el paso, canturriando el monótono: —«¡Uno... dos! ¡Uno... dos!», se equivocaba y decía: —«¡Uno... tres!», se daba á temblar como un azogado, creyendo firmemente haber incurrido en el delito de ser pasado por las armas.

En poco tiempo sus compañeros le conocieron el flaco y sirvió de diversión á toda la compañía, incluso el cabo y el sargento.

El primer servicio que hizo fué la guardia del antiguo *Saladero*. El capitán, antes de salir del cuartel, les dijo á modo de arenga:

—Como durante mi guardia se escape una rata de la cárcel, *afusilo* á toda la compañía, aunque toda la compañía fuese mi padre.

¡Buen principio!

¡Ahí es nada tener que vigilar á criminales que se escapan por el ojo de una aguja! ¡Si al menos tuvieran un distintivo que les diferenciase de los demás! Pero ¡nada! tan hombre es un ladrón ó un asesino como un inocente. Vaya usted á decir: —«¡Este caballero que pasa ante mis narices es un ladrón!» ¿No puede muy bien ser un caballero? ¡Si al menos los criminales olieran á azufre!

¡Pobre *Tía Remilgos*! Al fin le tocó hacer el relevo. Con las órdenes más severas lo instalaron en un patio, en cuya lateral de la izquierda había una galería.

—A todo el que se asome á las ventanas de ese corredor, —le dijeron, —y no se retire despues de haberle dicho tres veces: —«¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!» le descerrajas un tiro: es la consigna.

Paseando arriba y abajo, el bueno de Remigio miraba á las ventanas de aquel corredor como si todas las mozas del pueblo hubieran de asomar por ellas.

Y llegó un instante que, en efecto, se asomaron; pero no las mozas, sino un rostro patibulario lleno de chirlos y de berrugas.

Remigio se echó el fusil á la cara y gritó temblando de miedo:

—¡Atrás!

Aquel rostro del demonio hizo una mueca horrible.

—¡Atrás!

De entre las berrugas salió un gruñido de burla.

—¡Atrás!

—¡Marica!

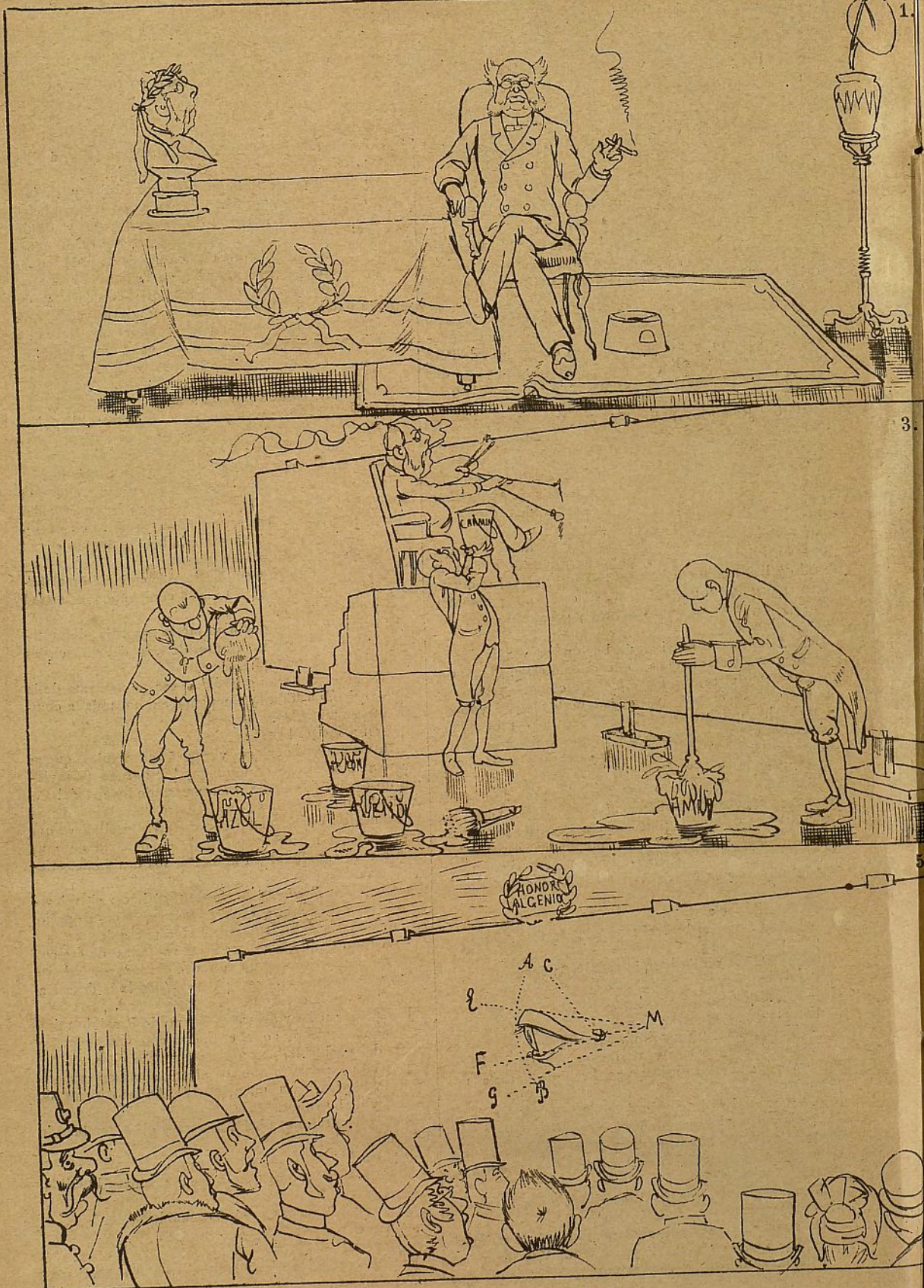
Remigio cerró los ojos y salió el tiro. Fué un disparo á quema-ropa. La cabeza patibularia se dobló sobre

Sin ley y sin Dios, infiel;  
Mas si lo eres con él,

putado profesor D. Justo Blanco, y de la clase del re-

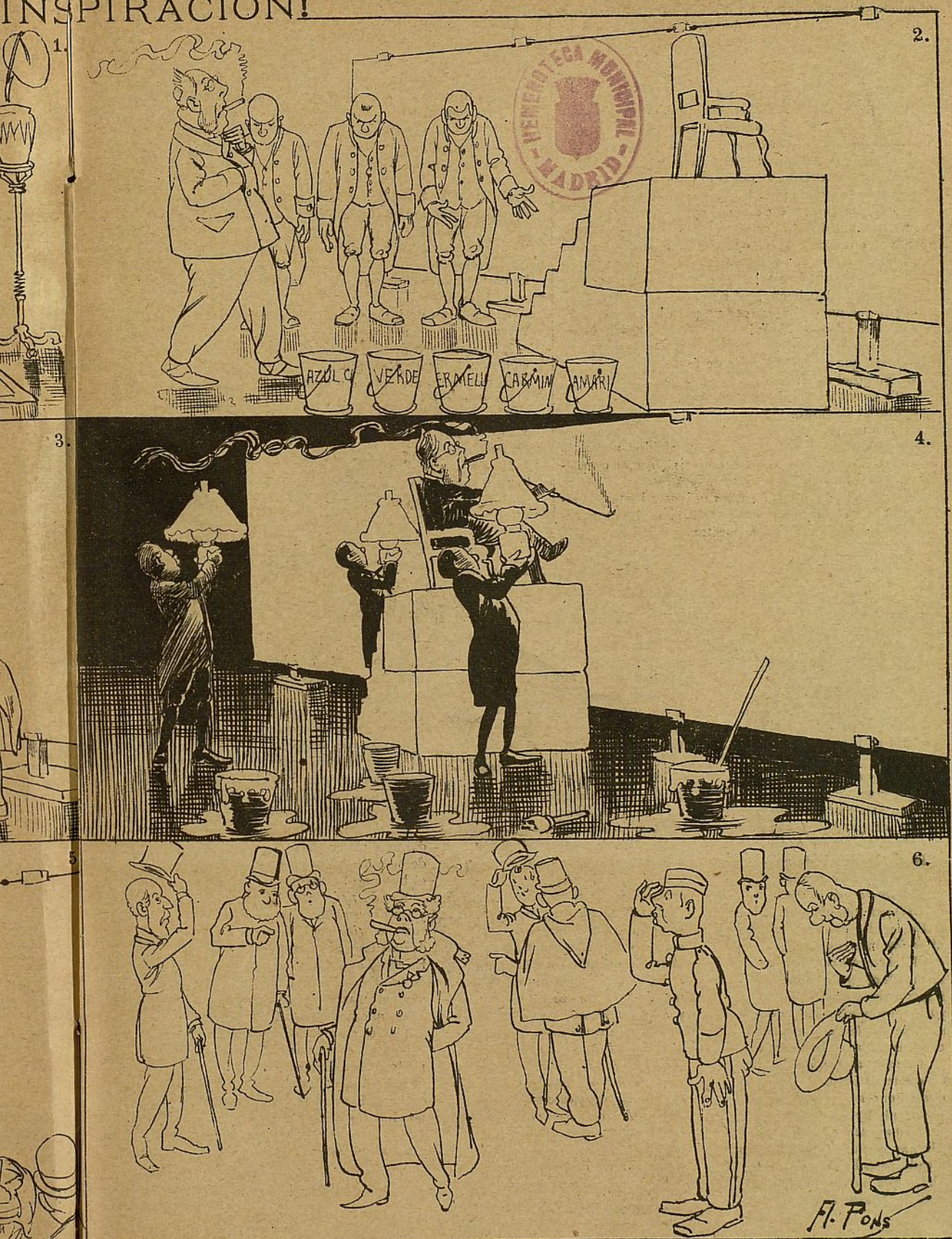
druma y el cansancio que en el se descubre  
cuando representa una comedia.







# INSPIRACION!





el quicio de la ventana, y un hilo de sangre, corriendo á lo largo del muro, vino á dar en las losas del patio.

¡Qué espectáculo tan espantoso, Dios mío! Por entre la oculta herida creyó Remigio distinguir que se salía también la sesera. ¡Qué expresión la de aquellos ojos! ¡Qué mueca la de aquel muerto!

Y él, Remigio, la *Tía Remilgos*, ¡había matado á un hombre á quien no conocía y que nada le había hecho! También él, bajo su uniforme de soldado, estaba más muerto que vivo. Temblaba, temblaba, sintiendo correr el sudor por su cuerpo, como si el chorro del caño de su pueblo le entrara por los cabezones, aturdiéndole con su ruido y helándole con su frialdad.

Al ruido del disparo acudieron sus compañeros, y apenas se enteraron de lo ocurrido, empezaron á embromarle.

— ¡La mosquita muerta!  
— ¡Buena la has hecho!  
— ¡El que nunca había roto un plato!  
— ¡Ya te cayó la lotería!  
— ¡Se armó la gorda!  
— ¡Para qué quieres más día de fiesta!  
Y agregó el cabo:  
— Te va á oler la cabeza á pólvora.  
Y dijo el sargento:  
— Huuuu... pasado por las armas.

No pudo más, y, sin decir palabra, rígido, abrazado á su fusil, Remigio, perdido el conocimiento, se desplomó en el suelo.

En el cuarto de guardia, á los quince minutos, rompió á hablar como una cotorra. Deliraba. En una camilla le llevaron al Hospital militar.

No recobró la razón hasta el tercer día, y al lado de su cama vió al capitán que le estaba hablando hacia ya más de una hora.

— No hay que apurarse, muchacho: has cumplido con tu deber. Esos son gajes del oficio. En fin, que estoy contento de tí y te hemos concedido los galones de cabo. ¡Así empecé yo!

Pero ya era tarde. La fiebre había abrasado y deshecho los pobres tejidos de aquella cabeza, y la sangre, en fuerza de golpear el cerebro, concluía por invadirle lentamente.

Poco tiempo después, el cura le administraba los Santos Sacramentos confesándole en voz alta por los Mandamientos.

— El primero: amar á Dios sobre todas las cosas, — decía el sacerdote.

Y contestaba el enfermo, con leve movimiento de cabeza: «que sí.»

— El segundo: no jurar su santo nombre en vano.

Y repetía: «que sí.»

— El tercero: santificar las fiestas.

«Que sí,» indicaba Remigio.

— El cuarto: honrar padre y madre.

«Que sí, que sí.»

— El quinto: no matar.

Y el enfermo, haciendo un gran esfuerzo para levantarse, exclamó:

— Huum... pasado por las armas.

Fueron sus últimas palabras.

¡Pobre *Tía Remilgos*!

VICENTE COLORADO.

## LIBROS Y LIBROTES

Siendo el mundo *biblioteca* inmensa de lo infinito, los hijos del padre Adán ¿qué hemos de ser sino *libros*?

Es el tiempo el *impresor*, que con su rápido giro, graba en el *papel* del alma sus indestructibles *signos*.

¡Qué diversidad de *obras*! ¡cuánta variedad de *títulos*! ¡y qué infinidad de *textos*.. ¡y qué colección de *tipos*!

Hay *libros* encuadrados á la *pasta*, en *pergamino*; con *canto dorado* pocos, á la rústica muchísimos.

De de el gigantesco *cánon* al *folleto* más raquítico, desde el *compendio* más breve al más luengo *Calepino*, á mano tiene quien quiera pasar por hombre instruido, sin que un céntimo le cuesten, cuantos *libros* se han escrito.

¿Quereis un *Quijote*? Vedle en ese feroz político que regenerar pretende la sociedad y sus vicios.

¿Buscáis una *Celestina*? No hay que andar mucho camino; á cada paso hallareis viejas que buscan pupilos. Si la *Divina Comedia*

os gusta, basta fingiros enamorados de alguna muchacha de buen palmito; pues que siendo ella *divina* (por lo propio y lo postizo) no ha de faltar la *comedia*, ni ha de faltar lo divino.

Hallareis los *Miserables* en donde sobren garitos, y en todos los matrimonios *El paraíso perdido*.

El *Arte de amar* se adquiere á fuer de servir de primo, y el *Arte de Torear* tratando á zafios maridos.

Los *Heroes* y las *grandezas* se agotaron por lo visto, más *Los Pequeños Poemas*, abundan en todos sitios.

Es quien la virtud practica una *Imitación de Cristo*, y *El gran Tacaño* quien tiene apego al oro maldito.

De *Gil-Blases* y *Amadises Tenorios* y *Lazarillos*, *Rinconetes* y *Alfaraches* es muy pródigo este siglo.

Una *Historia natural* hallareis en los conflictos del amor, cuando la carne causa al alma desvarios.

Suele tener *nueve tomos* desde el *prólogo* al *epílogo*...

¿Qué mas *natural historia* que, sin boda, haya bautizo?

*Enciclopedias* no faltan, *romances* y *panegíricos*, y *curiosas miscelaneas* y *diccionarios prolijos*.

Donde hay amor hay *novelas*, donde hay suegra hay *estribillo*, y *vocabularios* donde el Dios Baco tiene nido.

En fin, es cosa imposible dar un *Catálogo* fijo de cuantos *libros* encierra el humano baturrillo.

Siendo *tipógrafo* el tiempo y los desengaños *signos*, suele tal *tipografía* darnos muy *gráficos tipos*.

En vano agota *ediciones* de la parca el beso frío; vienen otras y en pos otras hasta que finan los siglos.

Que es el mundo *Biblioteca* inmensa de lo infinito no lo dudeis; mas sabed, (y sin embozo lo digo) que encuentra quien la registra, muchos *textos* desabridos, *Obras* más malas que buenas y *más librotos* que *libros*.

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA



## LA HISTORIA ETERNA

Bueno: yo te lo diría,  
pero, al mirarme á tus plantas,  
el corazón se me sube,  
hecho un nudo, á la garganta  
y allí apretando, apretando,  
me estrangula las palabras.

Yo, que cobarde ayer mismo  
en tu presencia me hallaba,  
me siento valiente, apenas  
dejo de ver esa cara,  
con las flores de tus pocas  
primaveras amasada.

Y después... ¡vuelta á enfrenarse  
esta pasión desbocada  
y vuelta á sentirme mudo  
y vuelta á llamarme mándria  
y á maldecir de mi genio  
que á tales lances me lanzal

En la punta de la lengua  
tengo la palabra mágica,  
pero á lo mejor me encuentro  
con la lengua despuntada.

Y entonces padezco y callo  
y allá, en el fondo del alma,  
siento clamores de dudas  
y aleteos de esperanzas,  
frases de amor que no brotan,

suspiros que no se escapan  
¡y un extraña y dulce mezcla  
de sonrisas y de lágrimas!

Gracias á que yo, alma mía,  
como te tengo en el alma,  
sostengo, á solas, contigo,  
pláticas largas, muy largas;  
y allí, ante el rayo de luna  
de tu serena mirada,  
con una rodilla en tierra  
y en voz bajita, muy baja,  
mi boca junto á tu oído,  
mi cara junto á tu cara,  
te dice mi pensamiento  
lo que mi labio te calla...  
¡esas eternas simplezas,  
ya sosas de puro usadas,  
que dejan sabor de mieles  
cuando por los labios pasan  
y arrastran consigo  
pedazos del alma!

Pero yo no me conformo,  
pedazo de mis entrañas,  
con amor tan invisible  
ni tan escondidas pláticas,  
de las que tú, de seguro,

no sabes una palabra.

Quiero que tu me contestes  
que mis frases no te cansan  
y que me des las dulzuras  
de tus labios de granada;  
quiero salirte al encuentro,  
caballero en mi esperanza,  
y equiparme, á mi manera,  
como un Amadís de Gaula,  
con las armas del cariño,  
que son las mejores armas,  
para poner, valeroso,  
sitio á tan hermosa plaza

Pero me está pareciendo  
que me quedo en la estacada,  
porque sólo de pensarlo  
el corazón se me embarga  
y siendo como una torre,  
se pone como una pasa.

Aunque si tu, vida mía,  
no me recortas las alas,  
ya verás como á la postre  
vuelo lo mismo que una águila...  
¡que al sol de la dicha  
su vuelo levantal

José F. ESCALANTE.

## UN CORRIDO

¡Qué originales eran!

Porque el mismo carácter se observaba en todos los  
de la familia.

Todos parecían cortados por el mismo patrón.

Pero en cuanto á él, era de lo más sobresaliente en  
su clase.

—¡Casarme yo! decía cuando los amigos le llevaban  
al café de gorra; he visto demasiado mundo, conozco  
á las mujeres como nadie...

Y en efecto, conocía á las mujeres, pero de vista,  
porque Arturito no faltaba á ningún bailoteo de casino,  
ni fiesta de casa cursi, aunque para asistir tuviera que  
gastarse los piquillos, destinados á fumar y tomar café  
durante todo el año.

—Casarse, decía Arturito argumentando á lo curial,  
es firmar un contrato en el que una parte: el hombre, se  
expone á ganancias y pérdidas, mientras la mujer recibe  
tan solo las ganancias. La mujer por tanto debe aportar  
al hombre algo que le parapete contra las adversi-  
dades y haga menos sensibles las pérdidas. Por mi par-  
te diré que como no se me presente una mujer con cua-  
renta mil duros por lo menos, no hay casamiento que  
valga.

Y terminaba su peroración muy satisfecho, exclaman-  
do: —¡Oh! he corrido mucho! ¡Conozco tanto á las mu-  
jeres!...

Y en efecto, cuando con su ropilla de á doce duros  
traje entero y su honguito de treinta y seis reales, con  
una flor en el ojal de la solapa, y contoneando su cuer-  
po regordete y diminuto, pues ni á la talla de quinto  
había llegado, salía por esas calles de Dios, no era raro  
observar que el honorable y muy garboso gremio de

modistas y el no menos apreciable de chalequeras, plan-  
chadoras y demás elementos ligeros de la ensalada fe-  
menil, echaban el ojo hácia él, como recordando per-  
sona conocida, porque ninguna había dejado de encon-  
trarle en alguno de los encarnizados combates por to-  
das reñidos en busca del cayado que había de soste-  
ner su paso por la vida.

Arturito no se atrevía casi á mirarlos; rojo como la  
grana, sentíase satisfecho interiormente, pero temblaba  
pensando tal vez en como iba á arreglárselas para salir  
con bien de tanta conquista, á su modo de ver, fácil;  
porque, dado el supuesto de que ninguna de las que le  
miraban tenía el capital por él exigido, no había que  
pensar siquiera en matrimonio.

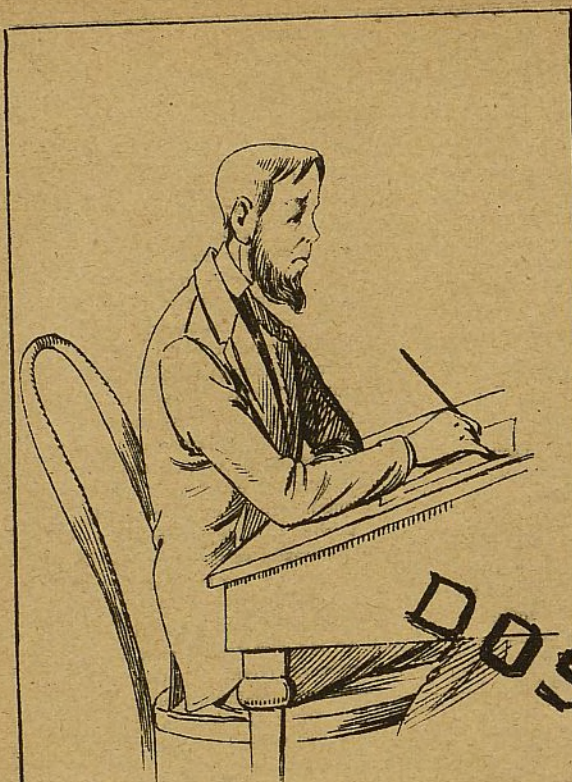
## II.

Doña Alegrías era la madre y Salerín era el nombre  
de la hija, si distintas en edad y hasta en carácter, muy  
aparejadas en el punto concreto de buscar marido para  
la segunda.

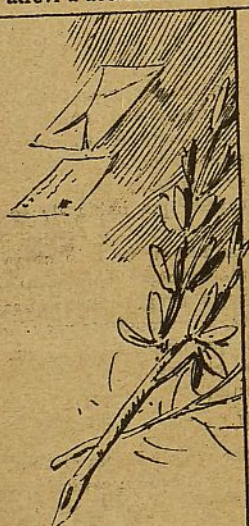
Seca como unas astillas la primera, se desvivía por  
contar á todo el mundo las excelencias de su pimpollo  
primogénito, no olvidando en su charla sempiterna,  
soltar como detalle que Salerín, dedicada á la tarea de  
hacer embutidos, ganaba muy buenos cuartos de jornal,  
sin contar con el dotecito que ella tenía reservado  
en un rincón del arca.

¡Y qué lista era doña Alegrías! Su casa semejava el  
Paraíso Terrenal. Siempre de jolgorio; los bailes las  
tertulias y las meriendas eran cosa diaria, por supuesto,  
siendo la parte más interesante aquel espíritu de fraterni-  
dad que existía entre la izquierda progresista repre-  
sentada por el bello sexo, que presidía Salerín, y el  
centro conservador, compuesto por estudiantes y horte-  
rillas que se aguantaban al paio, porque ni sus habe-

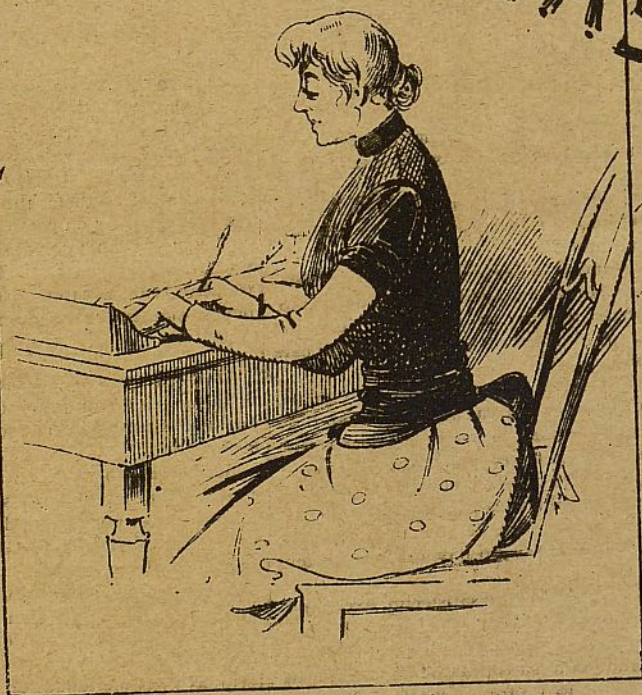




«... y sabrá Vd. de como ayer la ví, pero no me atreví á acercarme á Vd. porque iba Vd. sola ...»



*Galicia*



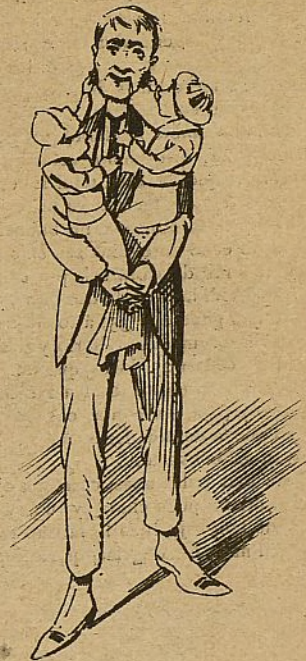
«... y sabrá Vd. de como en lo sucesivo, para que Vd. se acerque á mí, llevaré conmigo todo un escuadrón de caballería»...



LOS HIJOS



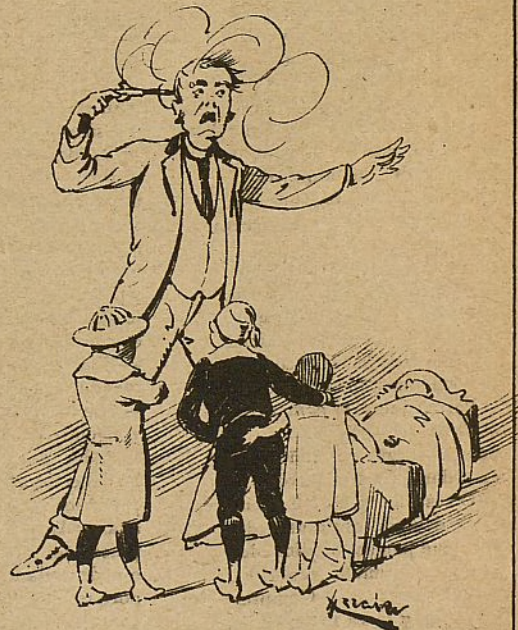
Uno.



Dos.



Tres.



¡Cuatro!



res, ni otras circunstancias les permitían hablar en serio, de lo que en semi-broma constituía la esencia de las conversaciones.

Pero á quien debe haberlo dicho, y sino lo diré yo: De toda reunión frecuente de hombres y mujeres, resulta por regla general cuando menos un casamiento. Y ¡claro!, la regla no se alteró: los matrimonios que se concertaron fueron más de uno, pero entre ellos estaba el de Arturito con Salerín.

Mi hombre había moderado algo sus pretensiones: doña Alegrías, así como veladamente había dado á comprender que la niña tendía como dote unos tres mil duros, sin contar con su buen jornalito de los embutidos, que día con otro no bajaría de cinco pesetas.

Arturito echó enseguida sus cálculos en la siguiente forma: tres mil duros al seis por ciento, rentan 180 duros, que divididos entre doce dan 15 duros mensuales; mas 20 que gana son 35, á los que añadiendo el jornal de Salerín de un duro diario y desquitando cinco días festivos, resultan 25 duros, que añadidos á los 35 anteriores, producen un total de sesenta duros limpios de polvo y paja, sin contar con los negocios lucrativos que yo pueda emprender sobre la base de los tres mil duros de mi consorte.

Y sin más reflexiones, cerró los ojos para no ver que Salerín era un poco chata y un mucho coloradota y tosca de lenguaje; hizo lo mismo para no reñir con la parlanchina doña Alegrías, que siempre andaba dándole

prisa para que arreglara los papeles; hizo caso omiso de otras muchas consideraciones del orden interior de la familia, y, héroe desconocido, de los que tantos hay, se dispuso á vengar lo que viniere.

### III.

Hace tres días tuve carta de un amigo, y allá va punto por punto un párrafo en que me habla de Arturito. «La hija de doña Alegrías se casó por fin con Arturito.

Depurados los hechos, y cuando había caído en el garlito, ha sabido que los tres mil duros del dote se habían vuelto sombra, y el duro de jornal se ha convertido en una real y verdadera peseta con veinticinco céntimos de pico.

Resulta, pues, que el pobre chico se ha casado con una mujer que no le gustaba y por añadiduras no ha recibido un real, de tantos miles como antes le nombraban.

De nada le ha servido pues conocer á las mujeres, como él decía.

Como noticia de última hora te diré que Arturito acaba de ser padre de una robusta niña, y olvidado ya de sus ensueños y pretensiones, se resigna á vivir con veinticinco duros de sueldo que ahora le dan y á lactar con biberón en los ratos libres, á la tierna rapazuela.»

Así acaban muchos *corridos*.

ADOLFO F. FERRANDO.

## CONFITEOR

—Bien, hijo; procura ver si de algo te has olvidado.  
—Sólo me queda un pecado, si es que es pecado el deber.  
—¡Pecado!... De ningún modo.  
—No sabes que es lo primero?  
—Padre... ¿y el deber... dinero?...  
—Ha de anteponerse á todo?  
—Me sorprende, á la verdad, que tal pregunta me hagas, pues si debes y no pagas no aprecias tu dignidad.  
—¡Qué le he de hacer! Por reverses del juego, que no he podido evitar, padre, he adquirido una infinidad de *ingleses*.  
Y aunque del juego me aparto y le miro con despego, es ya tarde, que en el juego me han dejado sin un cuarto.  
—Que no juegues más espero. Todo el que á jugar comienza, al fin pierde la vergüenza que vale más que el dinero.  
—Perder junto al *paño verde* el dinero es lo peor; pues la vergüenza, señor, en todas partes se pierde.  
—Dices bien y no me asombra; pero, dejando eso á un lado: ¿por qué juegas, desdichado, si tienes tan mala sombra?  
—Pues por eso... —Comprendido: si juegas y te va mal, quieres, como es natural, recompensar lo perdido. Pero no lo recuperas; ¡y ciego, al ver que la suerte se niega á favorecerte, te irritas y te exasperas, Y lleno de ira y despecho,

pierdes cien veces y cien... En cambio si te va bien no quedarás satisfecho. Querrás hacer la jugada completa; mas de contado perderás lo que has ganado y te quedarás sin nada. Así nunca harás fortuna ¡nunca! por más que te afanes, pues por una vez que ganes perderás noventa y una.  
—Soy del mismo parecer y en eso estamos de acuerdo. Yo siempre que juego, pierdo... ¿y V., padre? —¡Qué he de hacer! A veces —y no te enfades — aunque es mucha mi indulgencia suelo perder... la paciencia al escuchar necedades; pero me sé reprimir y porque no se deslice, le suplico al que las dice que no las vuelva á decir.  
—Conste que no es mi intención ofenderle, y que protesto.  
—Bueno; dejemos ya esto y sigue la confesión.  
—Padre, por desdicha mía, le debo *un mes y otro mes* ¡ay! á mi patrona que es una verdadera harpía, y tiene un alma tan negra que de nada se recata porque le debo, y me trata como si fuera mi suegra. Me vigila sin cesar, y me oprime y me tortura... ¡y es, padre, que se figura que me le voy á escapar! Y me tiene hecho un alambre... ¡Dios, que todo lo perdona, que perdone á mi patrona

que me está matando de hambre!

—Y tú: ¿le piensas pagar?

—Variemos, padre, de asunto, porque en llegando á este punto empiezo á *desafinar*.

Aunque el decirlo me afrenta, debo *con esplendidez*, y tanto, que cada vez

que trato de echar la cuenta, al hacerla me confundo, pues de tal manera crece

y aumenta que me parece que le debo á todo el mundo.

¿Que hacer en tan apurada situación?... Pues lo que hago, ni echo la cuenta, ni pago

ni me preocupo por nada.

—Yo tu conducta repruebo.

—Péhs!... Al fin me he convencido de que es dinero perdido todo el dinero que debo.

—¡Pero, hombre!... ¡Cómo ha de ser!

—Pagar es lo que procede.

—Padre; y cuando no se puede pagar ¿qué se debe hacer?

*Será muy poco decente, pero lo más oportuno es no pagar á ninguno.*

*¡Así nadie se resiente!*

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

Así nunca pagarás tus deudas... ¿por qué no vas pagándolas poco á poco?

—¿Poco á poco? —¿Y lo preguntas?

Así fácil te será

salir de ellas. —Padre, ya las pagaré todas juntas.

—No lo dudo... ¡y con razón!

Ahora, en fin, ya puedes irte

y procura corregirte

si quieres la absolución.

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.



## ¡NO TANTO ASUSTAR!

Viene Fabra y nos aterriza:  
«Berlín 15 —6 mañana —  
Dicen que estalla la guerra  
á fines de esta semana.»

Turban estos noticiarios  
á las gentes más sencillas:  
tiemblan todas las naciones  
y todas las pantorrillas.  
Y luego:—«Lo que contamos  
ningún fundamento tiene:  
ni esta semana *estallamos*,  
ni la semana que viene»  
¡Siempre la gente alarmada  
por noticia tan agraz!  
[para estar en paz armada  
es mejor no estar en paz!  
Ya todo el mundo está expuesto  
con estos sustos y afanes.  
¿Quién tiene la culpa de esto?  
Los señores alemanes;  
que serán, si, muy honrados  
y todo lo que se quiera;  
pero que están condenados,  
si siguen de esa manera,  
á gastarse un dineral,  
sin fin práctico ninguno,  
y á quedarse sin un real  
¡lo que se dice sin uno!  
No alcanzan á comprender  
que se quedarán sin ropa

por el gusto de tener  
en vilo á toda la Europa.  
Ya todo tan caro está  
por las causas que no callo,  
que allí no se come ya  
más que carne de caballo.  
Si es duro, el hambre lo ablanda,  
porque no queda otro fin.  
La vaca es volátil y *anda*  
*por las nubes* en Berlín.  
Al hambre sacrificados  
los mulos en los cuarteles,  
podrán llevar los soldados  
dentro de si los corceles.  
Si eso en el cuartel les dan,  
se consigue sin esfuerzo  
ver á un soldado alemán  
caballero en el almuerzo.  
Pero si en ellos se aferra  
esa afición á los potros,  
antes de empezar la guerra  
se han comido unos á otros.  
Si son nación poderosa,  
hablando materialmente,  
por su actitud belicosa  
dan lástima, francamente.  
Se han conquistado enemigos  
y han perdido la cabeza,  
por no tener más amigos  
que el fusil y la cerveza.

¡Esa gente esta blindada  
ó es su cuerpo un puro callo?  
¿Qué van á beber? Cebada.  
¿Qué van á comer? Caballo.  
Á la guerra les empuja  
el placer de manejar  
los fusilitos de aguja,  
(de aguja... de marear).  
Se anda allí, según infiero,  
de los rusos al revés:  
en la frente mucho acero;  
la inteligencia en los pies.  
Carga soberanamente  
fanfarronería tal;  
eso será conveniente,  
pero es bastante brutal.  
Aunque ello nos cause horror,  
lo toleraremos todo  
si nos hacen el favor  
de no asustar de ese modo.  
Si de sangre están sedientos,  
que se lo cuenten á otros:  
si ustedes no están contentos  
¿qué nos importa á nosotros?  
¿Que el canciller pronunció  
de guerra! la atroz palabra?  
Está bien... ¡pero que no  
lo sepa la «Agencia Fabra»!

FERNANDO SEGURA.

## CHIRIGOTAS

Hace dos semanas me quejé del extravío de *El primer choque*, comedia que me había remitido su autor, mi respetable colaborador y amigo D. Antonio Sanchez Perez.

Este, conmovido por lo tierno de mi queja, me mandó otro ejemplar.

Y ha sucedido... lo que era lógico que sucediera: que el ejemplar segundo se haído á hacer compañía á su predecesor en el bolsillo de algún empleado de Correos.

En vista de lo que acontece, ya sé lo que deben hacer los autores que deseen ver pronto agotadas las ediciones de sus obras.

Hacerlas circular por el correo.

En cuanto á mi, voy á mandar á esos apreciables señores unos cuantos ejemplares impresos de los mandamientos de la ley de Dios.

Para ver si así se quedan con ellos y se aprenden el séptimo.

Que—para que lo sepa quien deba saberlo—dice:  
*No hurtar.*



Una advertencia á la empresa del Nuevo Retiro.

*Las niñas desenvueltas* se escribe así; no *Las niñas DESEMBUELTAS*, como ha estado poniendo durante días y días en los anuncios de los periódicos.

Porque verdad es que ella lo estrena y ella es muy dueña de ponerlo como le dé la gana.

Pero á mí se me antoja que es demasiada *desemboltura*.



Tres bombos, todos tres muy merecidos, quería dar

en este número ¡Y, vive Dios, que siento que la falta de espacio me impida darlos todo lo *sonoros* que hubiera sido de desear!

Quería dar el primero á Bonaplata, por la esmerada traducción que ha hecho de *Las dos tiranías*, drama estrenado con buen éxito en Novedades. ¡Chóquela Vd., Don Teodoro, y que sea muy enhorabuena!

Estaba destinado el segundo al joven D. Ernesto Soler, hijo del célebre autor dramático Don Federico, el cual (el hijo, no el padre) no contento con hacer bonitas piezas cómicas, se ha declarado artista de primera fuerza con la exhibición de sus cuadros, expuestos en el Salón Parés. Aquí son dos los felicitados: el padre, que puede decir como Dumas: «Mi mejor obra es mi hijo», y el hijo, que promete seguir perpetuando gloriosamente el nombre de su padre.

El tercer bombito estaba destinado á la empresa del *Eldorado*, por el estreno de *El Fuego de San Telmo*. Y este si que no lo doy, porque aquí los felicitados habrían de ser muchísimos: los autores, la empresa, los actores, que representan la zarzuela á maravilla, y hasta el público: este último porque al fin encuentra quien le dé obras buenas.

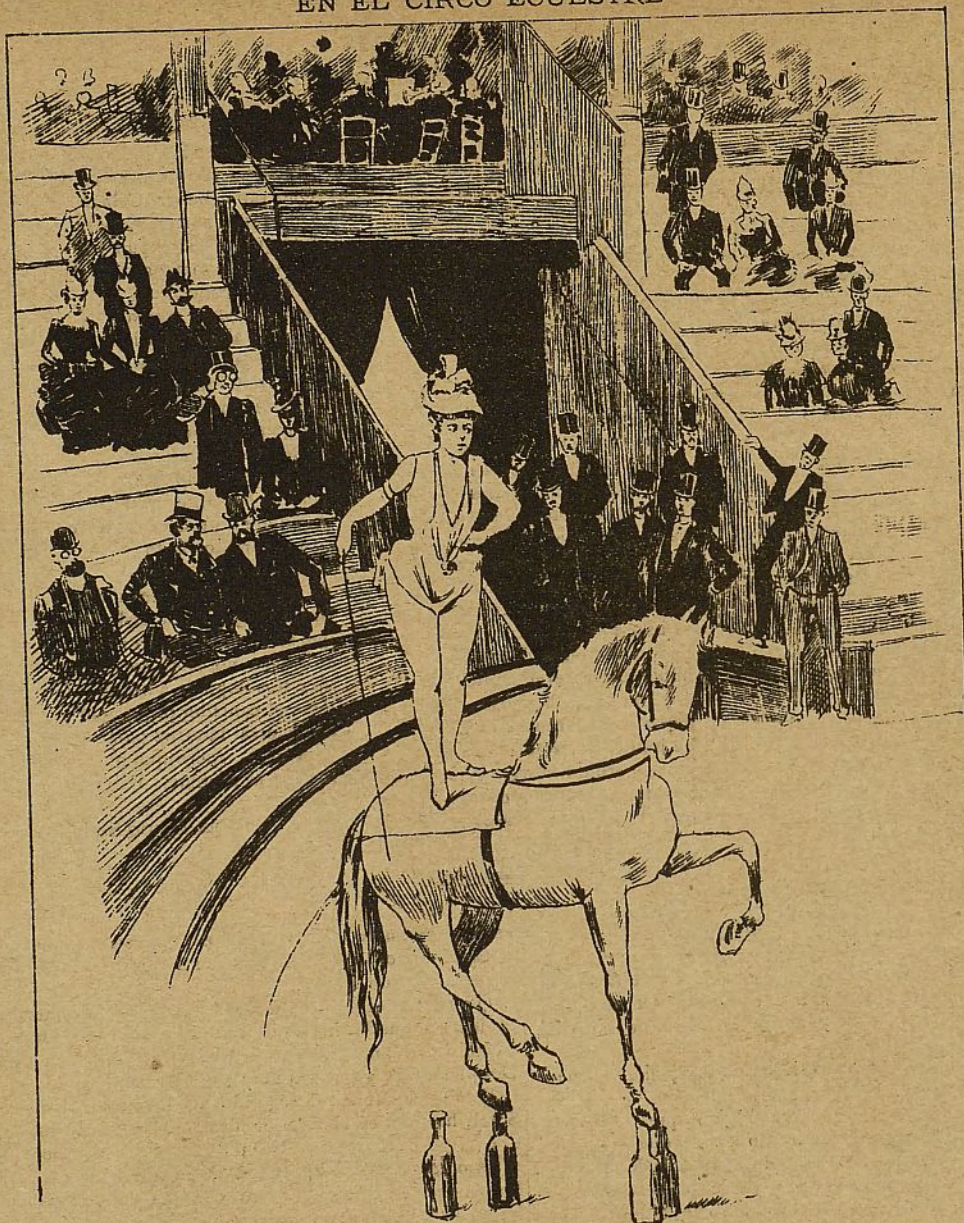
¡Que me parece que ya iba siendo hora!

## CORRESPONDENCIA

Sres. *Gastrónomo*, S. N. B., *Zaide*, A. M., B. de J., *Perecito*, R. B., *K. K. Seno*, *El abate Bussoni*, J. O. A., E. N., A. Ll. y T. V. O. (Barcelona).—V. L., *Montefideo*, C. M., *Lagrimitas*, R. T. S., *Un chulo de mal avate*, M. F. U. *Arzaparralegui*, R. H. N. G., *Orejas*, F. M., *Zurribanda*, y M. L. C. (Madrid).—*Musa* (Gijón).—M. M. (Alicia).—*Salimbánqui* (Ferrol).—J. E. C. (Bilbao).—*Bisara Picadins*. (Santander).—*Betulo* (Badalona).—E. M. A. (Salamanca).—M. P. G. (Valencia).—L. V. R. (Madrid).—No son publicables. Y no tomen Vdes. á mal que no les diga por qué.

Imp. Militar y Comercial, Arco del Teatro, 9, (pasaje)





Tiene garbo y gentileza  
y aqui donde tu la ves,  
cuando ella mueve los piés,  
pierden muchos la cabeza.

## ANUNCIOS

ESTA YA HACIENDOSE LA TIRADA

— 3 DEL 3 —

### ALMANAQUE de La Semana Cómica

que contendrá dibujos de Apeles, Mestres, Cilla, Cuchy, Escaler, *Mecachis*, Moya, Pellicer, Pons, Vazquez y otros, y texto de Ansorena, Codolosa, Delgado (D. Sinesio), Diego, Fernandez Saw, Grilo, Guimerá, Oller (D. Narciso), Palacio (D. Manuel), Sanchez Perez, Federico Soler (*Pitarra*) y otros que sería interminable enumerar.

Precio del almanaque: DOS reales

Ayuntamiento de Madrid